

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.



ROMANCE II

LA PRISION.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.

Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nacion infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
 Resiste en plazas y calles,
 De su terrible enemigo
 Al escuadron formidable;
 Y resiste á sus empujes,
 Bien, como suele en los mares
 Acorazado madero
 De las olas el embate.

No abandona sus trincheras
 Mas que cuando al suelo caen,
 Ni desampara sus fosos
 Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
 Mira que la muerte abate,
 Como en los campos la chia
 Siega la hoz incansable,

A la flor de sus guerreros,
 Murallas de su estandarte,
 Y á los nobles que pelean
 En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,
 Al comenzar una tarde,
 De angustia lleno por dentro,
 Por fuera de lodo y sangre,
 Que sus abatidas tropas,
 Escasas y miserables,
 Si combatiendo no mueren
 Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzin su esposa,
 Que es de sus cuitas el ángel,
 Se acoge á débil piragüa,
 Presa el alma de coraje,

Y al puerto de Tlaltelolco
 Vuela, sin imaginarse
 Que en él Sandoval lo espera
 Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago
 Como bandadas de aves,
 En rápidos barquichuelos
 De todas formas y clases,

Cuauhtemotzin valeroso
 Resiste en plazas y calles,
 De su terrible enemigo
 Al escuadron formidable;
 Y resiste á sus empujes,
 Bien, como suele en los mares
 Acorazado madero
 De las olas el embate.

No abandona sus trincheras
 Mas que cuando al suelo caen,
 Ni desampara sus fosos
 Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
 Mira que la muerte abate,
 Como en los campos la chia
 Siega la hoz incansable,

A la flor de sus guerreros,
 Murallas de su estandarte,
 Y á los nobles que pelean
 En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,
 Al comenzar una tarde,
 De angustia lleno por dentro,
 Por fuera de lodo y sangre,
 Que sus abatidas tropas,
 Escasas y miserables,
 Si combatiendo no mueren
 Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzin su esposa,
 Que es de sus cuitas el ángel,
 Se acoge á débil piragüa,
 Presa el alma de coraje,

Y al puerto de Tlaltelolco
 Vuela, sin imaginarse
 Que en él Sandoval lo espera
 Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago
 Como bandadas de aves,
 En rápidos barquichuelos
 De todas formas y clases,

Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.

Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exíguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen.

Impide á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan solo, fian
Sus vidas y sus caudales.

Cuauhtemotzin llega al puerto
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.

Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragüa la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas, y
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.

Pero García de Holguin,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.

Entonces el rey, del fondo
De su embarcacion alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguin con voz grave:

«Soy tu prisionero; solo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,
Su condicion y su clase.»

Y pasando con su esposa
 A la castellana nave,
 Se vió una sombra de muerte,
 Cubrir su augusto semblante.



Una mirada salvaje,
 De su pecho en lo profundo,
 Porque a su rostro no sale,
 Guarda su dolor, que apenas
 Dentro de su pecho cabe.
 Sus flechas arroja al viento,
 Su lanza pedruzcos hace,
 Y echando al agua los reinos,
 Le dice a Holguin con voz grave:
 «Soy tu prisionero; solo
 Pido que a la reina trates
 Cual corresponde a su sexo,
 Su condición y su clase.»

«Malicia, cuanto he pedido,
 Exclama el monarca atrevido,
 Hice por mi augusto tronco,
 Y de mi pueblo en detras;
 Mas su alto favor los dioses
 Me negaron y aún me niegan.
 Ya estoy en tus manos, piedad,
 Hacer de mí lo que quieras.»

ROMANCE III

LA ENTREVISTA.

Algunas horas más tarde,
 En una grande azotea,
 Tapizada con alfombras
 De España y finas esteras,
 En medio á la cual no ha mucho
 Que está servida una mesa
 Con exquisitos manjares,
 Y ricas frutas cubierta,